

MIGUEL M. ANTUNEZ

Entre los héroes olvidados que Sonora aportó a la Revolución, se encuentra Miguel M. Antúnez, uno de los hombres del río de Sonora que tomó las armas para vengar a Madero y castigar a Huerta. Cuando las fuerzas sonorenses avanzaban sobre el estado de Sinaloa, Antúnez era uno de los comandantes de mayor prestigio, por su valor militar y la fuerza de sus convicciones revolucionarias. Murió cuando peleaba por un ideal de redención y tenía conquistado un brillante porvenir.

En algunas ocasiones, al referirme al movimiento popular que estalló en Sonora, cuando se conocieron las noticias de la cuartelada de Victoriano Huerta, he manifestado mi admiración hacia los hombres surgidos del campo, vaqueros y campesinos que abandonaron sus villorrios o sus ranchos y acudieron presurosamente a Hermosillo en demanda de armas para combatir la usurpación. He referido varias veces el disgusto de muchos de aquellos hombres que no alcanzaron rifles ni municiones para convertirse en soldados. De las márgenes de los dos ríos del centro del Estado se alistaron grandes contingentes de tropa y en los primeros partes militares del general Obregón se mencionan los Voluntarios de Horcasitas y a los Batallones Irregulares formados con gente del río de Sonora.

Desde su nacimiento en Cananea, el río de Sonora tiene en sus márgenes pueblos que adquirieron renombre a raíz de los combates sostenidos para arrojar del Estado al ejército federal. En seis meses se hizo la limpia, gracias a la pericia militar de Obregón y al valor y disciplina de los jefes que estuvieron a sus inmediatas órdenes. En aquel río están Arizpe, Banámichi, Cumpas, Sinoquipe, Huépac, La Estancia, Baviácora y Ures. De esa región surgió el pundonoroso general Francisco Contreras, quien murió heroicamente en el combate que ganó en 1915, en Valle de Santiago, estado de Guanajuato. De allí surgieron también Jesús M. Padilla, Othón Bórquez, Ar-

menta, Holguín, Piña y muchos otros denodados jefes que se distinguieron en las campañas de Obregón en la costa noroccidental del país y en los fértiles campos del Bajío.

*
* *

Numerosos de aquellos ciudadanos armados de Sonora se quedaron en el camino. En las batallas de Santa Rosa y de Santa María —mayo y junio de 1913— se perdieron estos tres valientes, que fueron aguerridos y tenaces: Luis Bule, Jesús Gutiérrez y Félix Romero. Por aquellos días, Luis Bule era el jefe indiscutible de los contingentes yaquis del general Obregón; Gutiérrez y Romero habían demostrado su capacidad y su arrojo en las campañas realizadas en el norte de Sonora. En el camino quedó también, cuando se consumaba la toma de Culiacán, el abnegado y noble coronel Gustavo Garmendia.

En la ruta de norte a sur, por las cercanías de la costa, tuvo su tumba el coronel Miguel M. Antúnez, esforzado luchador surgido de Cumpas, población del río de Sonora de donde salieron muchos patriotas a engrosar los ejércitos de la Revolución. El padre del coronel Antúnez, que llevaba su mismo nombre, fue durante largos años el Agente de Minería en Cumpas. Lo conocí a través de los expedientes que se tramitaron por la naciente Secretaría de Fomento, cuando el ingeniero Ignacio Bonillas fue el Encargado del Despacho de esa Secretaría. La Agencia Minera en Cumpas era entonces —1913— la que enviaba mayor número de solicitudes para explotar fundos mineros.

Traté a Miguel M. Antúnez cuando era capitán primero y mostraba en su quepi tres gruesas franjas doradas. Pertenecía a las fuerzas del coronel Benjamín G. Hill y era muy amigo del mayor Alejandro Mange. Tendría alrededor de treinta años y era de regular estatura, de color blanco, tostado por el sol. Lucía un bigote bien cuidado, muy poblado y de largas guías. La frente amplia, la mirada franca. Poseía una cultura un poco superior a la que pudiera concederse a un hombre salido de la provincia y de un pueblo tan arrinconado como Cumpas. Tradicionalmente se sabía que en el noreste del Estado, Moctezuma era la población conservadora y llena de prejuicios. Cumpas, por lo contrario, era liberal y tenía gente enterada de los progresos de la ciencia. Por Cumpas pasó, de-

jando huella imborrable, un profesor expulsado de San Luis Potosí por sus ideas radicales: Luis G. Monzón. Entre sus discípulos se contó a este capitán primero que se llamó Miguel M. Antúnez.

*
* *

El capitán Antúnez era un tipo agradable, buen conversador y con muchos amigos en Hermosillo. Gustaba de referir sus experiencias en los combates y, a quienes no le conocían bien, daba la impresión de ser presuntuoso. Tomando contacto con él se le cobraba gran estimación y se advertía que sus hazañas guerreras eran muy superiores a lo que de ellas refería. Su valentía fue algo natural en su vida. Antúnez era de aquellos soldados que tomaron las armas para responder al ideal que inflamaba sus pechos. Sabía que luchaba por una causa justa y que sus sacrificios redundarían en beneficio del pueblo mexicano. Pocos militares de Sonora hicieron una carrera tan rápida como Antúnez. Era capitán primero antes de Santa Rosa y de Santa María y llegó al grado de coronel en octubre de 1913. Este hecho inusitado se debió a que Antúnez, en casi todas las acciones de guerra en que tomó parte, resultaba herido y conquistaba un ascenso.

En los partes militares de Obregón se cita con elogio a Miguel M. Antúnez. Hay uno en que se lee: “tuve conocimiento de que el general Alvarado, obrando con toda actividad, había reunido las fuerzas de caballería del teniente coronel Trujillo y del mayor Antúnez y emprendido una batida con rumbo a Cruz de Piedra”. En el parte de la batalla de Santa María, con fecha 13 de junio de 1913, el general Obregón rinde tributo de admiración a estos tres mayores: Lino Morales, Antúnez y García... Al hacer su crónica de la toma de Culiacán, Obregón cita con elogio al teniente coronel Antúnez.

Triste destino el de algunos hombres. Después de haber andado entre las balas, hasta acabar por perderles el miedo, un buen día se mueren de fiebre, en su cama, sin que su desaparición sea advertida ni por sus compañeros de armas. Así cayó el valiente coronel Antúnez, a la retaguardia, por allá en Navojoa, cuando su tropa avanzaba victoriosa por las tierras de Tepic.

*
* *

Nunca he sabido a dónde irían a parar los restos mortales del coronel Antúnez. Quizás reposan en Hermosillo o los llevaron hasta su natal Cumpas. Su nombre y su fulgurante actuación no se han borrado de la mente de sus compañeros de armas. Del general Francisco Contreras sí conocí la tumba y en La Estancia se levantó un monumento para perpetuar su memoria. Una noche lo visité, viniendo de Huépac con Máximo Othón, y me pareció verlo otra vez como lo veía en la hacienda de El Resplandor, cerca de Trinidad. Contreras era un hombre alto, bien plantado y muy valiente. Los yaquis lo querían mucho.

El nombre del coronel Antúnez no se perdió del todo. En los combates de Celaya figuró al frente de las líneas de fuego la brigada Antúnez, que comandó el destacado y severo general Antonio Norzagaray, gloria del estado de Sinaloa.